



## EL TEATRO TAMBIÉN SE LEE

Recuerdo muy bien aquella primera ocasión en la que, casi de niño, alguien me llevó al teatro por primera vez. Recuerdo muy bien la sensación de entrar en aquel inmenso espacio, el crujido de la tarima del suelo, las viejas cortinas rojas, el polvoriento tapiz del escenario, los apresurados acomodadores que con tintineos de bolsillos recorrían incansablemente los pasillos arriba y abajo girando hábilmente la mano a la vez que repartían los programas, y un cierto y familiar olor semejante a las habitaciones cerradas que se nos tenían vedadas en casa de los abuelos. Recuerdo muy bien que se trataba de *Sueño de una noche de verano*, de un tal “Chakespeare”, extraño e impronunciado nombre que con asombro y cierta curiosidad así había leído por primera vez en una de esas series de escuálidos libritos de bolsillo (que aún conservo) y que con páginas algo ásperas y pardas coleccionaba de niño en el internado. Nuevo mundo que a dos pesetas compraba religiosamente cada mañana de domingo en la misma maloliente, gris y desordenada papelería donde también adquiríamos y cambiábamos nuestros atesorados cromos.

Recuerdo muy bien de esos años grises a Doña Adelaida, temida profesora de Lengua y Literatura, la de los varios ceros, y también recuerdo de ella aquel mágico día que modificó una de sus temidas y temibles clases, en las que te sacaba

al encerado y volvías a tu pupitre con demasiados ceros en el bolsillo, tantos a la vez, y tan imposibles de compensar, para leernos a Shakespeare, y ante más de un acné boquiabierto, nos contaba cosas, ilusiones y magias de una de sus obras, una titulada *Sueño de una noche de verano*.

Quién iba a decir que, pocos años después, cuando aquella primera vez fui al teatro, iba a tener tan presente aquella primera relajada “clase” con Doña Adelaida. ¡Pero allí estaban! ¡Era de verdad! ¡Eran de verdad! Lasandro, Titania, Puk, Elena, Demetrio, Paris, Oberón y Hermia jugando, riendo, amando y volando con los improvisados cómicos y las intangibles hadas. ¡Qué bello recuerdo y qué imponente emoción la de aquel adolescente llamando y abriendo a las puertas del Teatro!

Luego muchas colas ante mil taquillas recontando todas las monedas de nuestros agujereados bolsillos, y también números sudados y mugrientos que se repartían

con expectación, y a veces con desengaño, para la clá en aquel animado bareto de la calle Los Madrazo mientras mi cuerpo, mi ciudad y mi país iban imperceptiblemente despertando, caminando y cambiando.

¡Y cómo han cambiado las cosas!

Hace nada fui al de La Comedia, a “ver” por enésima vez *El alcalde de Zalamea*, y digo a “ver” intencionadamente, porque casi no se escuchaba nada, y casi era imposible mantener la atención debido al incomprensible comportamiento de los adolescentes que literalmente tenían tomada la sala con sus risas, juegos, modales y falta de respeto, no ya hacia el público, sino hacia los actores y sobre todo hacia Don Pedro.

Sé que es un tópico hablar de estas cosas y sé que es diplomática y políticamente incorrecto. Pero ahí están los hechos y tantas amargas e impotentes sensaciones, y me pregunto si no estamos equivocados, si los exiguos recursos reservados a la Cultura, y en especial al Teatro, en comparación con los que se manejan en llamada “Cultura de masas” (qué bien puesto el nombre), no están sino tratando de mantener, a duras penas, algo que, me temo, está clínicamente muerto, sin renuevos, sin savia por brotar, sin luces de arco iris, con su esperanza herida.

¿Para qué de esos impresionantes montajes, de ésas inmejorables

producciones, de esas inolvidables interpretaciones, de esas imponentes puestas en escena, si, como también siento en el Teatro Real o en el Auditorio Nacional, somos casi todos luces semiapagadas, cultura arrugada, casi “prefósiles” de un ecosistema por extinguir?

¿No habrá que hacer un mayor esfuerzo en despertar nuevos vientos, preparar la tierra de mañanas y llenar las aulas de Doñas Adelaidas y regar cariño hacia la escena, leer teatro antes de que sea demasiado tarde, y sembrar? ¡Qué bella palabra! Sembrar mañana. Sembrar Teatro. Sembrar esperanza. Sembrar. ■



**Victor J. Monserrat**

Catedrático de Entomología y Poeta  
Departamento de Biología Animal y Entomología  
Facultad de Biología  
Universidad Complutense de Madrid